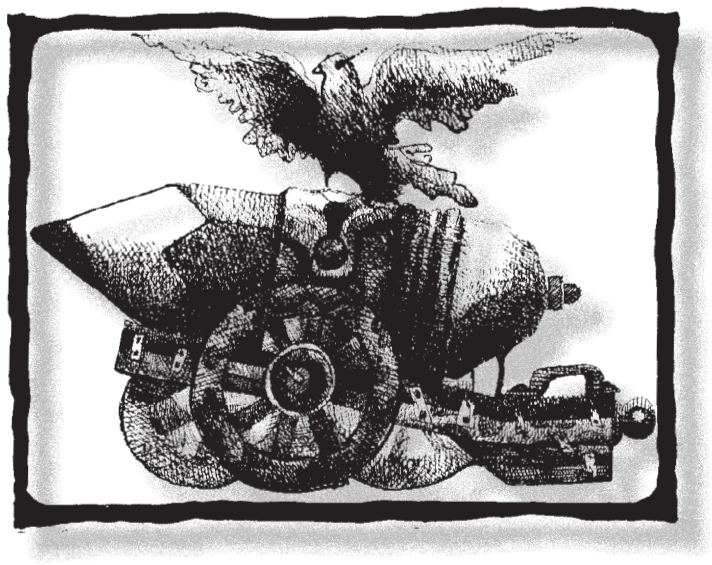
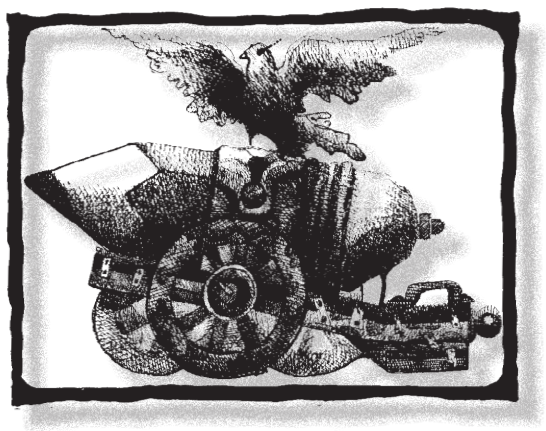
Las hienas están en nuestro patio

Dora Barrancos



Suplemento CULTURAL



Director
Rafael Cuevas Molina

Diagramadora
María José Salgado

Página web
Maureen Barrantes

Apoyo administrativo
Silvia Orozco

El Suplemento Cultural es una publicación del Instituto de Estudios Latinoamericanos (IDELA), de la Facultad de Filosofía y Letras y del programa Investigación, Arte y Transmedia (IAT), del Centro de Investigación, Docencia y Extensión Artística (CIDEA). Correspondencia, observaciones, sugerencias y colaboraciones se pueden hacer llegar al apartado postal n.° 86-3000, Heredia, Costa Rica, o al correo electrónico rafael.cuevas.molina@una.cr

Se acepta canje.

NÚMERO

148

Abril - Mayo 2022

EL SUPLEMENTO CULTURAL EN INTERNET:
www.icat.una.ac.cr/suplemento_cultural/

UNA UNIVERSIDAD NACIONAL COSTA RICA

30 AÑOS SON NADA

Rafael Cuevas Molina
Director del Suplemento Cultural

El Suplemento Cultural cumple treinta años de publicación ininterrumpida este año 2022. En 1992, cuando se inició, seguramente la inmensa mayoría de la población universitaria actual no trabajaba en la institución y un buen número no había nacido aún.

Se formuló en el seno del Programa Cultura, Arte, Identidad (PROCAI), propuesto por quien esto firma en 1990 en el decanato de Antidio Cabal, que buscaba que el profesorado del Centro en Investigación, Docencia y Extensión Artística (CIDEA), de la Universidad Nacional, tuviera como uno de sus intereses principales el tema de la identidad cultural en sus investigaciones artísticas. Para ello, el PROCAI organizó talleres, conferencias y mesas redondas en donde se trató la temática y creó una pequeña publicación, el Suplemento Cultural, en el que se fueron divulgando sus resultados.

Por lo tanto, tuvo al principio un objetivo acotado a la difusión de estas reflexiones. Con el tiempo, sin embargo, agregó nuevas perspectivas, sobre todo por el hecho que no existía una publicación propia del CIDEA en la que se canalizara "la voz de los artistas", como se denominó un seminario que se organizó en el decanato de Juan Fernando Cerdas, en el que el Suplemento fue coorganizador: "La voz de los artistas al final del milenio".

El PROCAI, en cuyo seno se encontraba el Suplemento, evolucionó llevándolo consigo. Nació así el Programa Identidad Cultural, Arte y Tecnología (ICAT), con el apoyo financiero de la cooperación holandesa y más tarde, ya en la segunda década del siglo XXI, el IAT, que significa Investigación, Arte y Transmedia, en el que las nuevas generaciones han tomado la batuta de programas y proyectos que, como el Suplemento, son de larga data, y han renovado con nuevas orientaciones acordes con los nuevos tiempos.

Desde hace más de diez años, el Suplemento es, también, un programa del Instituto de Estudios Latinoamericanos (IDELA), de la Facultad de Filosofía y Letras. El IDELA, generoso, abierto siempre a la colaboración con otras instancias universitarias, nos ha abierto las puertas en todo momento, incluso ahora, en el año del treinta aniversario, cuando el Suplemento puede ser que haya cumplido su ciclo. Será este, tal vez, el último año en el que salga a la luz, es decir, cuando se publique su número 152 en noviembre. Mientras tanto, sus infatigables colaboradores académicos y administrativos estarán al pie del cañón. También su director, quien firma estás líneas, y que como con toda tarea fructífera que se aproxima a su final, siente nostalgia, pero también satisfacción.

DESLINDES

COLUMNA DE ADRIANO CORRALES ARIAS

TREINTA AÑOS DE ACCIÓN CULTURAL



Estamos conmemorando los treinta años del SUPLEMENTO CULTURAL. Es fácil decirlo, pero son treinta largos años de ardua lucha editorial por parte de un infatigable académico y promotor sociocultural de origen guatemalteco, que, cual tenaz capitán de navío, ha estado frente al proyecto y sus vicisitudes. Me refiero a Rafael Cuevas Molina quien, además, es artista visual y escritor (recién le otorgaron el premio nacional de literatura en su país natal).

El formato de este tabloide, como bien lo constatan nuestros amables lectores, se sale de la norma académica impuesta y, por ello, adquiere esa versatilidad de auténtico suplemento cultural, necesaria para la ventilación de ideas, autores, propuestas y proyectos humanísticos, todo ello dentro de un verdadero diálogo o conversa, tanto

entre colaboradores como, naturalmente, entre lectores. Esa condición permite la imprescindible libertad de expresión y de estilos, propios de un periodismo cultural a tono con la época en que le corresponde dislocarse para describir, analizar, criticar y proponer.

Es importante señalar que el suplemento nace en una "universidad necesaria" y parece - a juzgar por la aciaga coyuntura con amenazas latentes y expresas - acercarse a un final anunciado dentro de una universidad cooptada por la tenaza conservadora en boga. Es decir, las amenazas que se ciernen sobre la universidad pública, en tiempos de contrarreforma neoliberal, impactan directamente a un pequeño medio como este. Dije "pequeño" a sabiendas de su inconmensurable labor, tanto al interior de la universidad, como más allá de sus campus. Ya vendrá el momento de la evaluación ponderada.

Y es que vivimos una época oscurantista cuyo denominador común es el odio al conocimiento, sobre todo humanístico. Se retorna a un medioevo posmoderno que alucina y paraliza, según la planificada contrarreforma para acabar con el Estado Social de Derecho y sus instituciones educativas y de seguridad social. El gran capital precisa de una *tabula rasa* para imponer el modelo global unipolar. Y está claro que la actividad científica y humanística estorba a esos propósitos del nuevo orden mundial. El sistema urge de consumidores estandarizados por la anti cultura masiva, donde la ignorancia se exhibe como el "saber" hegemónico sin pudor alguno.

Es claro entonces que un espacio propicio para la reflexión serena, la discusión necesaria, la promoción artística y humanística, cultural en general, es prescindible para los operadores del nuevo paradigma político/económico. Muchos de esos operadores han penetrado la universidad pública desmontando sus principales objetivos y torpedeando su autonomía de manera concertada con los poderes fácticos. Los acontecimientos de los últimos años así lo confirman.

No queda más que felicitar al capitán histórico de este proyecto por su larga travesía a través de mares procelosos. Su larga data expresa una tenacidad tan digna como oportuna para los tiempos que corren. Y extender el llamado para defender al Suplemento de las amenazas veladas y reales. Dicho resguardo pasa por la defensa de la universidad pública como Unidad Superior de Cultura en el marco de un Estado Social de Derecho. Enorme reto para la comunidad universitaria y para el pueblo costarricense. ¿Quedarán arrestos para asumir tan desigual lucha? Es triste reconocerlo, pero, dado el confort y la parálisis de las comunidades universitarias, así como la atomización y el reflujo de las fuerzas sociales, la respuesta parece negativa.

Improvisaciones

Columna de
Carmen Méndez

¿Por qué estudiar Música?



¿Un enigma, un misterio, una incógnita? ¿Por qué a unas personas les interesa aprender a tocar un determinado instrumento, cantar o hacer música en grupos? ¿Por qué algunas parecieran que tienen una necesidad vital de expresarse por medio del sonido, del ritmo, del canto, de un instrumento?

A pesar de que las investigaciones en esta línea aún están en ciernes, podemos indagar, por medio del diálogo qué ocurre en lo interno de las personas y cómo lo asumen.

Sebastián, un joven de 14 años nos narra cómo a la edad de 6 años, al iniciar sus estudios musicales, las clases grupales del Taller de Música en Familia, los sábados por la mañana eran importantísimas para él. Tiene en su memoria la experiencia de la primera presentación al piano por la televisión, el primer recital presencial y los lugares en que se realizaban.

También recuerda que no tenía piano en la casa y debía ir dos y tres veces por semana a la Academia a practicar y preparar la tarea. Hubo dos actividades que lo impresionaron positivamente: una presentación en el Auditorio Nacional en el Museo del Niño, había iluminación, un numeroso público y un animador muy conocido que lograba entusiasmar a los presentes para que aplaudieran efusivamente. En segundo lugar recuerda cuando fueron a un "mall" y todas las personas que estaban de paseo o haciendo sus compras, observaban a los artistas y se detenían.

En tiempos de pandemia ya tenía un piano electrónico en su casa. Sin embargo, le resultaba muy difícil recibir las lecciones porque la conexión a internet era débil y no lograba hacerlas con fluidez. Logró continuar con su proceso de aprendizaje, a pesar de los inconvenientes y situaciones nuevas.

Su padres siempre lo han apoyado. Comenta que estudiar piano ha sido una gran oportunidad en su vida, lo apasiona tanto que estudia todos los días.

Alrededor de los 9 años de edad, lo invitaron a jugar "papifútbol" varios familiares y vecinos, pero Sebastián se disculpó. Les dijo que no había terminado su práctica musical. Cuando ellos le contestaron, sorprendidos, que eso no era posible, él con gran seguridad les respondió "es que yo con el piano tengo futuro".

En otra ocasión, en el acto de agradecimiento hacia un patrocinador de la Academia, que había donado el piano de su padre fallecido, Sebastián, después de interpretar dos obras, dijo con gran emotividad, que cuando él estuviera "viejo" iba a donar su piano para que otros niños pudieran aprender.

Se puede corroborar, cómo él ha sabido apreciar, desde muy niño, que el estudio del piano trae consigo la movilidad social. Ahora que ya es un adolescente está consciente de la relación entre su amor por el instrumento y las horas de dedicación y esfuerzo que le demanda. Pero también podemos observar cómo este proceso educativo ha sido muy gratificante, su autoestima se ha elevado muchísimo, él lo dice con estas palabras "me felicitaban y me sentía muy orgulloso".

Otro ejemplo es el de Andrés, un niño de 10 años. Inició su "carrera en la música" a los 3 años de edad. Recuerda esa etapa como un tiempo hermoso, en que los días sábados se despertaba ilusionado porque había llegado la "hora más linda de toda la semana."

Sarita de 8 años recuerda el curso de iniciación musical cuando se movía, se expresaba corporalmente, jugaba con "campanas" y "fantasmitas". Afirma que ahora tiene más confianza en sí misma, le encanta la música y tocar el piano.

Los investigadores del talento musical afirman que todas las personas tenemos posibilidades de desarrollarnos musicalmente. En la primera mitad del Siglo XX el debate estaba entre dos posiciones antagónicas, una se refería al talento heredado y la otra a lo aprendido en el ambiente familiar y social. Ahora se reconocen ambas influencias. El concepto es reconocido internacionalmente como "inteligencia musical". Sin embargo, la característica diferenciadora se encuentra en el acceso a una educación musical de calidad, cuya mediación pedagógica fomente la autonomía, la comunicación, la libertad, el gusto y la entrega por el quehacer estético.

Crepúsculo

Columna de
Felipe Ovares

Triste efemérides



Hace poco más de dos años, el jueves 13 de marzo, un estimable colega me llamó por teléfono. Abría la puerta del carro estacionado desde temprano en el parqueo de la Escuela de Informática en el Campus Benjamín Núñez,

su mensaje sonaba apocalíptico era algo así como: el asunto del Covid (en esos días creo que aún no lo habían bautizado con ese nombre) es serio, van a suspender las clases y se va a declarar una cuarentena.

Mi respuesta, breve y concisa fue: no creo que sea para tanto.

Luego leí el correo oficial confirmando las palabras de mi amigo. Jamás sospecharía que ese día, quizá, sería el último de mi vida académica en el cual impartiría clases en un aula como lo he hecho durante más treinta años. Confieso mi pasión por las clases presenciales, las veo como una obra teatral donde soy el personaje principal en el escenario compartiendo con los estudiantes, interactuando con la pizarra en un decorado único e irrepetible, aunque tengan el mismo argumento todas las clases son diferentes y emocionantes.

Ese jueves infame me desterraron de algo que amaba. No creo en las clases virtuales, me gusta conversar con los colegas, con los estudiantes, asomarme por las ventanas de la recepción para saludar. Me gustaba intercambiar opiniones con los conserjes, extraño ese dialogo con Sandra, Luis y Alex. Extraño los jardines y los árboles de cortez amarillo que sembramos Paola, Luisito y el finado Alberto Segura. En estos dos larguísimos años, de no ser por un par de visitas furtivas, colándome como un delincuente, me habría perdido dos floraciones. Ahí están incólumes a los vaivenes de una pandemia que los convirtió en testigos solitarios de una universidad casi vacía.

Esa misma pandemia dividió las opiniones entre los que siempre quisimos volver y los que están a gusto con la virtualidad. La universidad autoritaria en ambigüedades como es el caso del código QR lo exigió incluso con amenazas que no pasarán de ser una bufona, pues hay decenas de funcionarios que no quisieron vacunarse y ahí están, algunos hasta pavoneándose con su decisión. Es la misma universidad que no ha tenido la valentía de volver a normalidad.

En la Escuela de Informática, una de las aferradas a continuar con la virtualidad se escuchan argumentos discutibles para justificar la no presencialidad. Hay quienes se escudan en la inseguridad que tiene un profesor asmático o hipertenso al estar en un aula o en un laboratorio con treinta estudiantes. Lo curioso es que ese profesor asustadizo tiene en su perfil de una red social una fotografía en el Estadio Santiago Bernabéu de la capital española colmado con más de ochenta mil aficionados. Ahí no padecía de nada. Luego reaparecería bailando en la fiesta organizada por el Fondo de Beneficio Social. Ahí tampoco tuvo ningún temor.

Es cierto que la pandemia nos dejó aprendizajes que no deberíamos echar atrás, pero también es cierto que nuestros estudiantes, principalmente de los de primer ingreso y los que reciben cursos prácticos necesitan la presencialidad. Para los estudiantes que ingresaron en 2020 su paso por la universidad presencial fue de tan solo unas pocas semanas y peor aún para los que ingresaron en el 2021 y el 2022, algunos quizá ni siquiera conocen las instalaciones de la Universidad.

Si la Escuela de Informática no logra ahuyentar sus temores y continuamos en la virtualidad, sospecho que aquella lejana clase presencial, del 13 de marzo de 2020, fue la última que impartí en mi vida académica. Eso es una triste efemérides.

felipe_ovares@yahoo.com

Tripudium

Columna de
Marta Ávila



Consolidar un campo: La investigación en la danza escénica en Costa Rica

Desde hace más de 25 años la Escuela de Danza de la Universidad Nacional, identificó que ninguna otra instancia a nivel universitario o gubernamental estaba realizando la labor de investigación en Costa Rica y por esa razón se planteó la necesidad de iniciar la formulación de un proyecto que permitiera el desarrollo de esta actividad. Desde 1998, se consideró como área por consolidar y se comenzó la labor de realizar investigación sobre temas urgentes para el apoyo a la docencia y de interés del sector seguidor de la danza escénica, así como la necesidad país y la región centroamericana.

Desde el Proyecto de Investigación de la Danza Escénica en Costa Rica hemos publicado varios textos de carácter históricos en varios formatos como artículos, ensayos, CDROM, cuadernos, columnas, sitios web, ponencias, conferencias magistrales y libros, sobre el quehacer coreográfico del siglo XX y lo que llevamos del presente, publicado en editoriales nacionales y revistas internacionales.

Otros personas de la Escuela han contribuido en esta labor como han sido: la maestra Elena Gutiérrez que realizó el proyecto que tuvo como producto un texto muy importante sobre composición coreográfica *Al Danzar, Apuntes*. (2008). Posteriormente, el área de la cátedra de Ballet planteó en dos fases un proyecto titulado *Técnica de ballet clásico enfocada al desarrollo del bailarín contemporánea* ejecutado por las maestras Marianela Zeledón y Liliana Cerna que lograron ponencias y artículos. Desde el proyecto *Rescate del Patrimonio coreográfico y Danza y su contexto*, junto a Andreina Gómez hemos rescatado más de 300 obras coreográficas que se encontraban respaldadas en formatos obsoletos y fueron transferidas a soportes tecnológicos actualizados y se produjo audiovisual *Relato de 5 cuerpos* (2022). En 2015, la académica Virginia Cortés ejecutó el proyecto *Cartografía de la improvisación Artística contemporánea* en el que dialogó con varios artistas internacionales sobre el tema y publicó un interesante texto. Para 2019 la Escuela de Danza cuenta con nuevos espacios de investigación como el *Centro de Prevención y Preparación para la Danza y las artes* (CEPREDA) a cargo de Immanuel Cruz quien logró ponencias y artículos sobre el tema tratado. Así como el proyecto de Sistematización *de experiencias: tres décadas de enseñanza aplicando el método Zullig en la carrera de Danza de la UNA*, realizado por Natalia Herra y Rolando Brenes (1957-2022), *Trayectorias constructivas de conocimiento desde la Escuela de Danza de la Universidad Nacional: entre lo disciplinar y lo interdisciplinar* ejecutado por Enid Zúñiga Murillo y el *Espacio de investigación en educación somática para el mejoramiento de los procesos pedagógicos en Danza*, a cargo de Valentina Marenco, Gerardo Chaves y Mariana Alfaro.

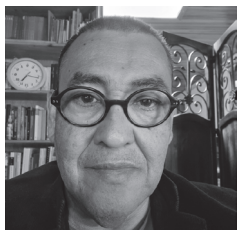
También otros Proyectos de carácter integrado como UNA Danza Joven, la CCDUNA aportan a la generación de conocimiento con sus productos publicables que son textos reflexivos e históricos y contribuyen en el resguardo del patrimonio cultural.

Con la consolidación del área de investigación, la Escuela de Danza de la Universidad Nacional, que se acerca a la celebración de 50 años de gestión, se encuentra madura, robusta, atenta a las necesidades del medio costarricense y en el concierto internacional, lista para seguir creciendo otras áreas emergentes y contribuyendo al desarrollo de la disciplina danzárea. Para el futuro próximo, otros colegas identificarán nuevos temas y abordajes para seguir cubriendo y revalorando toda la riqueza de lo que se produce en las artes escénicas nacionales y compartirlo con la sociedad que está deseosa de esta generación de conocimiento que realizamos en la Universidad Pública costarricense.

Correo: mavila@una.cr

Los Incuerdos

Columna de
Omar Arrieta



Ardid de un hombre libre de todo lazo

Omar Arrieta c.

A la memoria de Radamel Cueva. Por la cochambrosa envidia que siempre me tuviste.

Por las tardes se sienta frente a su viejo ordenador a escribir una novela interminable. Detrás se encuentra la única ventana de su apartamento, que bajo la lluvia le muestra un paisaje urbano gris y despiadado que mezcla el ruido y el humo de las carcochas circulando por aquella ciudad en desorden. Su mirada se pierde cual raro presagio de la calle descompuesta como los autos que la dominan. La urbe tiene una atmósfera de mierda, los ciudadanos prácticamente respiran cerotes en el aire.

Un escritor que nadie reconoce por aquellos parajes, ni cuando baja de su diminuta pocilga a la floristería de al lado por una rosa blanca, robar el periódico y subir rápidamente hasta su celda donde coloca la flor en un jarrón de porcelana antigua que dice haberle mercado a un marinero ruso la vez que visitó puerto Salinas (en realidad el marino era Papacito, un extraordinario músico de su ciudad).

El ruso lo había obtenido jugando dados con otros lobos de mar asiáticos en Vladivostok. Se lo había ganado una noche de insomnio a un cantonés que dijo haberlo recibido de su familia con mil años de poseerlo. Elaborado durante la dinastía Tang, era lo único realmente valioso que se encontraba en el hogar de Radamel.

En ese búcaro junto al ordenador, deposita ritualmente su rosa blanca. No la tiene allí para que le inspire sus escritos, sino para recogerla al final de la tarde y antes de tirarla al vacío, palpar con sus finos dedos el tizne adherido a la flor que ya para entonces no es tan blanca; la acaricia suavemente por última vez. Y el escritor muere con una rosa distinta cada noche en la ciudad de esmog y mierda.

Tampoco está seguro de si la rosa de turno es la ninfa que a veces acude a él y le inspira lo que presiente será la última oportunidad de escribir una novela de éxito. Porque ya nadie adquiere sus porquerías literarias, él sabe que en Centroamérica poca gente compra libros, que es muy difícil que a un mismo autor le compren más de un libro. Él lo sabe, pero duda.

Con *La Impúdica que nunca mira*, estuvo a punto de alcanzar la fama, con ella había logrado el taquillazo y un respetable despliegue propagandístico. Pero la propaganda, el autobombo y los platillos chillones, son los peores enemigos del talento (decía él). Y se negó a recibir un premio de la prensa mediocre del país, que más que prestigio le hubiera ocasionado un gran descrédito.

Pero además sabía que jamás, jamás, obtendría el premio que deseaba.

A pesar de todo, cada mañana compra su rosa blanca y se roba el periódico para revisar la página cultural, o los chismes sociales, o la tontería de turno que llaman suplemento cultural o social o espectáculos, quizás buscando siempre que algún periodista de *La Diestra a la Derecha* se digne mencionarlo.

Esa tarde Cueva secaba el sudor de su rostro con un raído pañuelo rojo de tiendas de souvenirs de los que usan los bailarines del folclor centroamericano. Estaba consciente de que, en aquel lugar sin historia literaria de renombre, podría triunfar, porque en el país de los escritores ciegos el tuerto se dedica al periodismo, se compra una xt236/5160 de la IBM, y cree que por ello triunfará como novelista y se asegurará la fama. Y él, que no elogiaba tonterías, pero era supersticioso, había obtenido prestada una xt236 de un amigo al cual le escribía discursos políticos para una campaña en la que era su asesor ideológico.

Por eso aquí iba de nuevo intentando por octava vez escribir una novela que lo arrimara al éxito, cuando el timbre de su guarida sonó extrañamente, abrió la puerta y después de un forcejeo, el ratero tomó el jarrón chino, se lo quebró violentamente en la cabeza y lo vio desvanecerse, tomó la xt236 y se largó sin una lágrima de despedida. El cuerpo de R. Cueva quedó en la sala, entre aquellos boorradores que eran su sueño y que terminaron haciendo cabriolas por la ventana cuando se los llevó el viento.

Un borracho, los encontró en el pavimento y se le ocurrió llevarlos a un periodicucho de la ciudad donde publicaron ese día, Este, el último de sus cuentos.

Ciudad Texcoco, 25 de enero de 1978.

Mosaico

Columna de
Nuria Rodríguez



1992. Suplemento centauro

Entré por la explanada de Ciencias Sociales. Continué por la acera que llevaba a la Escuela de Literatura. A la derecha había un edificio con un gran corredor, "Instituto de Estudios Latinoamericanos" decía un letrero. En los corredores de los desvencijados edificios, durante el recreo profesores y alumnos conversaban con café y cigarro. Chicas con el ombligo afuera, *jeans mom fit*, estética *grunge*. Camino al CIDE, una pareja "hacía el juego del cíclope" y se fundían en un apasionado beso. *"Baby one more time"* … Britney… "Man!I feel like a woman… Shania… Eran los años finales del siglo XX.

En 1992 había nacido el Suplemento Cultural de la Universidad Nacional. ¿Dónde estaba yo en ese momento? En un colegio público de una zona rural de Alajuela. No recuerdo mucho ese año, solo que el Premio Nobel de Literatura había sido ganado por un escritor antillano cuyo nombre mi mente adolescente no logró registrar. No así al año siguiente, en 1993, la escritora afro estadounidense, Toni Morrison se alzó con el Premio. Me interesó mucho lo que vi de ella en un periódico. Años después, pude leerla, con mis primeros salarios de profesora, siendo todavía estudiante, compré *Ojos azules, Jazz* y *La canción de Salomón*. Su nombre me había quedado grabado.

También había grabado el letrero que hacía referencia al lugar en el que se estudiaba América Latina. Cuando salía de clase y caminaba hacia la salida, instintivamente miraba hacia la izquierda y ahí seguía. Una vez, creo haber visto en el corredor de ese instituto a un señor que se me hizo conocido. Mis ojos infantiles habían registrado esa cara. Chico Morales, lo llamaba con afecto mi papá. Era el coterráneo emigrado más recordado de su generación.

Años después, decidí salir de mi zona de *confort* y hacer un posgrado en un área distinta a los programas de Literatura y Educación para tener una formación Interdisciplinaria. Así, llegué a ese sitio que me invitaba a estrecharme con Martí, Bolívar, Mistral. Era la unidad que había originado en unión con CIDEA, el Suplemento Cultural con el que me había topado tantas veces cuando era una veinteañera.

Allí, tuve el gusto de conocer al editor y artífice de este proyecto cultural que en este número está llegando al 30 Aniversario. Rafael Cuevas Molina, quien fue mi profesor, tutor de tesis y luego colega por cinco años. Este espacio de escritura ha sido testigo de los cambios de época. La evolución de la UNA. Los grandes temas país. Las agendas de la globalización cultural y financiera. Suplemento de estilo libre, crítico, creativo, desencorsetado. Mezcla de ensayo, crónica y artículo, estilo centauro parafraseando a Alfonso Reyes.

Las nuevas tendencias en educación superior proponen perfiles interdisciplinarios y sinergias entre áreas diversas. El Suplemento cumple con estas características. Mejorar no es desechar lo que funciona bien, sino adaptarlo a los formatos tecnológicos de la época. Ojalá este espacio continue muchos números más. Ahora, trabajo en el IDESPO. Pues, la U pública ofrece la transformación en el sentido de Freire y que lleva por muchos caminos disciplinarios. Detrás de cada columnista hay una historia ligada al paso por la U y los lugares donde se está y ha estado. Gracias, Rafael por la visión prospectiva. Las artes y humanidades no están fuera de la revolución 2.0.